IZQUIERDA REPUBLICANA

AÑO XIX | Oficinas: Venustiano Carranza 50, - 1er. piso | MEXICO, D F., MAYO y JUNIO DE 1958 | Número 113

LAS TURBIAS MANIOBRAS DE LA PROPAGANDA MONARQUICA

El ocaso del franquismo, unánimemente reconocido hasta por los que en un ayer no muy lejano eran sus más entusiastas valedores, ha suscitado, especialmente en los círculos del exilio, vivas polémicas sobre las posibilidades que, de un modo inmediato, en el momento en que se derrumbe definitivamente la tiranía, tendrán, para acceder al poder, monárquicos y republicanos.

Como es natural, no son los republicanos inalterables ,fieles a sus principios y leales a su actitud, los que han encendido la controversia. Para ellos, el problema de la sucesión de Franco no ofrece duda: si el pueblo español es consultado con todas las garantías adecuadas, una vez restablecidas las libertades, sin coacciones de ninguna clase, por un gobierno provisional que no tenga otra misión que mantener el orden y respetar la voluntad nacional, el triunfo será de la República. No de la República de 1931 ni de la República de 1936, sino de la República a secas, de una nueva República cuya fisonomía y cuyo espíritu han de ser modelados con arreglo a los sentimientos, pensamientos y necesidades de la época en que va a surgir. Ahora bien, si de lo que se trata es de reemplazar a Franco, pura y simplemente, urdiendo una trama cualquiera para cubrir las apariencias, mediante una ficticia consulta a la nación, que sea prefabricada al estilo de los regímenes totalitarios que todos conocemos, entonces el resultado tampoco ofrece duda: a Franco le sustituirá una monarquía teocrática o simuladamente liberal. Pero en este caso también es indudable que el problema español seguirá en pie, la reconciliación de los españoles no se realizará y en la conciencia ciudadana seguirán fermentando los gérmenes de una revolución que no se puede prever cuándo y cómo estallará ni en qué vaya a degenerar La otra fórmula con que sueñan unos cuantos desvergonzados, fórmula similar a la anterior: la súbita aparición de don Juan poco menos que en forma de Mesías, por lo burda y escandalosa, significaría asimismo una nueva imposición al pueblo español, un cuartelazo más, con valor puramente episódico, que tal vez dejará muy tranquilos a los enriquecidos por el franquismo y a determinadas cancillerías deseosas de prolongar, con uno u otro nombre, unida a la desgracia de los españoles, la ausencia de una España viva, con personalidad propia, en el ámbito de la política mundial.

Frente a esta clara concepción sobre el futuro de la patria, se viene alzando desde hace meses, con toda osadía, con toda indignidad, más que en el interior de España en el extranjero, una propaganda encaminada a sembrar la confusión a favor de la causa monárquica, en desprestigo de las ideas republicanas y de los hombres que las sustentan y defienden. Son instrumentos de esa accion turbia, vividores, gentes amorales o resentidas; algunas estuvieron al servicio de la República en España y de ella se beneficiaron y ahora aspiran a sacar tajada de la monarquía, sin perjuicio de cambiar de campo nuevamente si les conviniera, porque les es ésto tan fácil como cambiar de corbata. Estos tristes sujetos se obstinan en hacer creer que la opinión española de hoy repudia el régimen republicano, no ya el que encarnó en las instituciones de 1931, sino la doctrina, por estimarla fracasada, y presentan en cambio un risueño panorama para la monarquía, como si tal régimen anacrónico, deshonrado por sus hombres y por su historia, resultara ahora panacea para los males nacionales y constituyera el ensueño de enormes y poderosas fuerzas en el país.

Esa propaganda, aparecida en periódicos y revistas en diferentes naciones, responde a un plan cuyo orígen es fácil de adivinar. A nosotros no nos sorprende ni nos impresiona. Tenemos de la España de hoy, de sus generaciones jóvenes, la justa y elevada idea que merecen y nos consta, por los informes que poseemos, que el sentimiento republicano es cada día más vivo, aunque no se concrete en el marco de un partido determinado. En definitiva, lo que a los republicanos nos interesa es que el ideal porque luchamos y sufrimos se expanda y que los hombres de hoy y de mañana vean en él un faro de esperanza, una dilatada perspectiva de paz, de justicia y de grandeza.

Si la monarquía estuviera tan segura de su victoria en unas elecciones libres y garantizadas, como nosotros lo estamos de la República, no se hubiera negado hace años a aceptar la fórmula que los socialistas le propusieron ni rehusaría ahora suscribir compromiso semejante; al contrario, lo preferiría a la ruín actitud mendigante que observa ante el dictador. Si tan arrollador fuera el entusiasmo monárquico de los españoles como esas mendaces propagandas tratan de presentar, don Juan no imploraría a Franco, sino que exigiría. Si la idea republicana se encontrase en el ánimo de los españoles en el estado de languidez que esa propaganda acusa, no inspiraría a los monárquicos tanto inquietud el restablecimiento pleno de la libertad.

Cuando nosotros, los republicanos, hablamos del futuro de España, lo identificamos con la República y no admitimos, no hay republicano que, en lo inmediato, pueda admitir una situación transitoria gobernada por un régimen monárquico. Lo transitorio, para liquidar las consecuencias del franquismo y establecer la convivencia civil entre los españoles, ha de carecer, en las circunstancias presentes, de signo institucional determinado. Es una patraña decir que los republicanos verían con buenos ojos la restauración de la monarquía con tal de acabar con el tirano. Sería además ingénuo pensar que don Juan o su hijo fueran a jugar limpio sometiendo sus poderes a una revalidación pura por la ciudadanía. La monarquía no se prestará nunca a una interinidad aunque así lo prometiera.

Aunque les contraríe a los propagandistas de la monarquía, esa y no otra es la posición de los republicanos que viven hoy en España, coincidente con la de los que nos encontramos en el destierro. Nosotros, los que vivimos honestamente lejos de la patria, cumpliendo con rectitud con el deber que nuestra conciencia española nos dicta, no aspiramos a imponer nuestros criterios en la República de mañana, que será lo que quieran que sea los españoles todos, entre los cuales tenemos el orgullo de contarnos; ni pretendemos ser recibidos en triunfo en el suelo de la patria el día de su liberación. No hemos claudicado ni pensamos desertar del combate en un instante que requiere tanta honradez de pensamiento como claridad de actitud.

POCOS O MUCHOS... SOMOS

La ilustre personalidad del líder socialista don Indalecio Prieto se recrea en la contemplación del panorama que ofrece a sus ojos el republicanismo español en este y otros continentes, para llegar a la conclusión de que ello queda reducido a "poco menos que nada"; palabras suyas que desearíamos interpretar como lamentación, mejor que como desdén, inclinándonos con pena a lo segundo, por que sus alegatos de ahora son reiteración de lo dicho al efecto en anteriores ocasiones. Para el líder socialista no tiene secretos la organización de Partidos ajenos que conoce como el en que milita, y, de los que se cuida con un celo crítico que no sentimos nosotros en cuanto a la existencia y vida de los demás, sobre todo de los afines, a los que deseamos las venturas que quisiéramos para el nuestro. En sus afanes comparativos no hay para el señor Prieto dentro y fuera de España más organización de tipo izquierdista —haciendo abstracción del comunismo— que su propio Partido. Ello nos place sinceramente, porque acredita la gran cantidad de compatriotas que se salvaron, para fortuna de todos, de la ferocidad falangista, aun habiendo tantos y tantos que fueron inmolados por su fe en el ideal orgullo de sus vidas.

El republicanismo, por carecer de grandes masas e integrarse principalmente de clases sociales bien conocidas en sus actividades profesionales, fue presa fácil y codiciada por los esbirros del dictador que acabaron con cuanto podía ser nervio y acción de actuaciones futuras. La barbarie desenfrenada del franquismo nos dejó sí, en la orfandad, y nuestro resurgimiento ha de ser más difícil sin duda, como bien dice el señor Prieto. En efecto, no tendremos a las veinticuatro horas de restablecerse la libertad en España, las posibilidades de nuestros amigos socialistas, con su edificio, su imprenta, su periódico, la seguridad de convocar inmediatamente un Congreso, y la asistencia de esas juventudes universitarias de signo socialista, algunas de cuyas figuras sobresalientes no han regateado en sus invocaciones al Borbón pretendiente, el título de Alteza, al invitarle afanosos a unas concesiones que dejaran puertas abiertas, al deseo quizá de servirle.

Panorama sombrío el de los republicanos si nos atenemos a los juicios del señor Prieto. Pero ellos no harán mella en nuestros fervores idealistas, ni mucho menos implicarán renunciamiento de cuanto fuímos y estamos dispuestos a seguir siendo. La incógnita de la España de mañana está por descubrirse. Pueden incurrir en error quienes supongan que lo tienen todo, lo mismo si piensan que los demás no cuentan con nada.

Pocos o muchos, con personalidades insignes o sin ellas ,con tribunos grandilocuentes o con voces recogidas o silenciosas, los republicanos encontrarán en su día veneros de esperanza en la sangre vertida por las víctimas de su fe, que fructificará sin duda con indudable acopio de excelente cosecha. El tiempo dirá.

Confía el señor Prieto, considerando también acéfalo a su Partido, que las nuevas generaciones alumbrarán "otras personalidades similares a las que salidas de universidades, talleres y fábricas lo dirigieron antaño".

Déjenos a los republicanos vivir con idéntica ilusión, y, alégrese el señor Prieto de que ello pueda suceder, con lo que nada perderá el Partido Socialista ni las ideas de Libertad y Justicia comunes a unos y otros.

EL RECTOR DE BUENOS AIRES, SE NEGO A RECIBIR AL DE LA UNIVERSIDAD MADRILEÑA

Buenos Aires, (O.P.E.).—Como es sabido la misión extraordinaria qué envió el franquismo a las ceremonias de cambio presidencial estaba presidida por el rector de la Universidad de Madrid. Un artículo de "Azul y Blanco" revela lo siguiente:

"El rector de la Universidad de Buenos Aires, señor Rissiere Frondizi (hermano del Presidente argentino) rehusó recibir al rector de la Universidad de Madrid y jefe de la misión española enviada para asistir a la transmisión de mando presidencial, doctor Segismundo Royo Villanova. El doctor Royo Villanova, hombre público, autor e investigador, es uno de los intelectuales de renombre de España. ¿Por qué el rector de la Universidad local no le saludó y agasajó como era su deber?... No fue por hostilidad personal contra el doctor Royo Villanova, que es un caballero y un publicista eminente... Fue por hostilidad contra el actual gobierno español..."

UNA FIGURA LEGENDARIA QUE DESAPARECE

Por Pedro MARCOS

G. N. MARSHALL (JOSE PEREZ) INGLES EJEMPLAR Y AMIGO DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA

N. de I. R.—El autor de este artículo, Pedro Marcos que ocupó puestos destacados en la Marina española, durante la guerra civil, es un periodista notable cuyas actividades literarias desarrolladas actualmente en Canadá, le han valido prestigio indiscutible.

En Bath, Inglaterra, ha muerto Geoffrey Norton Marshall, a quien los marinos republicanos y los españoles demócratas que a su lado lucharon en dos guerras terribles conocieron por el sobrenombre de José Pérez. Con su muerte, la causa republicana española pierde uno de sus más ardientes y sinceros defensores en el extranjero.

Geoffrey Norton Marshall era inglés por los cuatro costados. Yo diría que era el prototipo del inglés que nos hemos forjado los que no lo somos, pero que queremos, admiramos y, algunas veces, criticamos a Inglaterra. Idealista y positivista al mismo tiempo, un poco estrafalario, inquieto bajo una máscara de frialdad, generoso, romántico y aventurero. Y siempre dispuesto a exponer la vida y la hacienda por cualquier causa que le pareciera justa, aunque fuese en el más remoto confín del mundo.

Era un Quijote anglosajón, y hasta su apariencia física le hacía creer a uno que tenía ante sí un Alonso Quijano, con bombín en lugar del yelmo de Mambrino y paraguas a guisa de lanza.

G. N. Marshall era un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores británico cuando los gobernantes de Inglaterra y de Francia inventaron, artera o estúpidamente, el Comité de No Intervención. Al tener conocimiento de ello, presentó la dimisión de su cargo fundada en el hecho de que se cometía una incalificable injusticia contra el gobierno legítimo y el pueblo de una nación amiga. Marshall, que ya antes había tenido un gesto parecido con motivo de la actitud británica en China, donde vivió bastantes años, fue llamado por su jefe, quien trató de disuadirle. Pero nuestro amigo respondió que consideraba un deber remediar en lo posible el error cometido por Gran Bretaña.

Dos semanas más tarde, G. N. Marshall se llamaba José Pérez y luchaba como simple soldado en las cercanías de Madrid. Tenía 50 años, pero con su pelo cano aparentaba muchos más; era además muy delgado y alto, como Don Quijote, y no gozaba de buena salud. Al verle un jefe militar republicano, investigó el caso, y entonces se vino a conocer que aquel miliciano inglés había sido capitán de corbeta de la Marina Real británica en la Primera Guerra Mundial. La Flota leal se hallaba en Cartagena con muy pocos oficiales y técnicos, y alguien pensó, con acierto, que sus servicios podían ser muy necesarios en los barcos de la escuadra.

José Pérez, que temporalmente había dejado de llamarse Marshall, desempeñó diversos cargos técnicos en varios navíos, e intervino en todas las acciones navales de la guerra.

Se comportó heroicamente en distintas acciones, entre ellas en las batallas navales de Cherchell y Cabo de Palos, pero muy especialmente en el salvamento del destructor "Alcalá Galiano", partido materialmente en dos como resultado de un accidente marítimo en aguas enemigas. José Pérez, o "Pepe el Inglés", como ya le llamaban familiarmente los marinos republicanos, convenció al comandante para que no ordenara el abandono del buque como le aconsejaban los oficiales temerosos de un ataque de la Flota franquista, que estaba haciendo una descubierta no lejos de aquel lugar. El "Alcalá Galiano" estaba, por supuesto, inmóvil e indefenso y precariamente a flote. Solamente estaba a su lado un barco mercante, el "Magallanes", al cual escoltaba cuando ocurrió el accidente. Marshall, que acompañando al que escribe estas líneas había practicado un reconocimiento muy arriesgado del fondo de la nave, estimó que el navío podía ser remolcado hasta Cataluña. Pero como la maniobra, que estableció un precedente en los salvamentos de guerra, implicaba un gran peligro para las vidas de cuantos fueran a bordo, pidió que solamente quedasen 25 voluntarios con el comandante. Los demás tripulantes, que eran 175, transbordaron al "Magallanes" para alejarse de aquel paraje en el que en cualquier momento podía ocurrir una hecatombe. Treinta y ocho horas estuvo el "Alcala Galiano", con aquellos 25 bravos, esperando la llegada de la Flota republicana, o, lo que era más probable, la de la franquista que lo barrería de la superficie del mar. Marshall fue uno de los "Veinticinco", y ninguno de ellos ha olvidado jamás la admirable serenidad de que dio muestra, ni su valiosa cooperación para mantener el buque a flote. El "Alcalá Galiano", que todavía forma parte de la Marina de Guerra española, es un buque que España debe a G. N. Marshall.

Como era de esperar, los reaccionarios británicos consideraron comunista a Marshall durante mucho tiempo. Yo sé que no lo era, aunque también lo suponía hasta la primavera de 1937. Aunque los comunistas españoles le adularon bastante hasta aquella época, los dirigentes y Moscú no tenían ninguna confianza en él, por lo menos para sus planes. El Mando de la Flota me había comisionado para llevar un cargamento de armas a Asturias, que era entonces el último foco de nuestra resistencia en el Norte. Era una operación desesperada, con muy pocas posibilidades de éxito. Implicaba el paso del estrecho de Gibraltar, con ambas márgenes en poder de Franco y vigiladísimo por los barcos de guerra rebeldes. Sólo podríamos pasarlo con un buen "camouflaje" ,y adoptamos el de un barco mercante inglés. El buque elegido fue el viejo "tramp" "Elcano", español pero construido en Inglaterra, porque en aquella época todavía quedaban dos o tres idénticos que navegaban con bandera inglesa. Pero como era seguro que fuera abordado en el estrecho por algún navío franquista para verificar su identidad, pensamos que era preciso llevar una dotación doble, compuesta de ingleses. Llamaron a varios de las Brigadas Internacionales, pero yo estimé que el único que podía "actuar como capitán auténtico" de un barco inglés era Marshall, y lo propuse. Pero tratándose de "internacionales", la elección estaba fuera de la jurisdicción de la Flota y era imprescindible el visto bueno de los rusos, cuyas eran también (para desgracia nuestra y verguenza de las democracias) las armas que llevaba el barco. Pero los rusos rechazaron tres nombres de la lista. Dos de ellos eran británicos nacidos en España y, al parecer, no pertenecían a ningún partido político; el tercero, con gran sorpresa mía, era Marshall. Inquirí el caso, y me comunicaron que Marshall no era grato a la Embajada Rusa. La razón no la supe nunca, pero era evidente que no era comunista.

Después de la guerra española, Marshall volvió a servir a su país en distintas capacidades, siempre en cargos oficiales o militares. Uno de ellos le llevó a Francia, y gracias a sus gestiones fueron liberados de los campos de concentración docenas de republicanos españoles, logrando para bastantes la residencia en Inglaterra. Durante la Segunda Guerra Mundial, G. N. Marshall, que tenía cerca de 60 años, volvió a la Marina, alistándose voluntaio en R.N.V.R. Al mando de una flotilla de embarcaciones menores, fue uno de los primeros que desembarcaron en el Norte de Africa. Allí volvió a encontrarse con muchos de sus antiguos compañeros de la Flota republicana, que continuaban en campos de concentración. El hizo que fueran liberados, y dotó con españoles una de las bases aliadas en la costa de Argelia. Su ayuda material y moral sirvió para que muchos pudieran trasladarse a otros países al fin de la contienda.

El se retiró, cansado y enfermo, en 1946 fue a vivir a Gales a bordo de un pequeño yate que había comprado y habilitado para vivienda. Desde allí, y hasta el fin de sus días, trabajó incesantemente para que su país reparase el error cometido en España, escribiendo docenas de artículos y hablando en público en cuantas ocasiones se le presentaban. Se enorgullecía de tener amigos españoles exilados, y, muy especialmente, de que su yerno fuera uno de ellos. Su generosidad infinita no se agotó nunca, y ya señalado por la muerte continuaba prestando consejo y ayuda a cuantos compatriotas nuestros acudían a él.

Por todo ello, muchos son los que llorarán, dispersos por el mundo, la desaparición de G. N. Marshall, al que sus mejores amigos llamaban José Pérez.

El Cadáver de Juan Ramón Jiménez reposa en España, pero su Espíritu sigue con nosotros

Juan Ramón Jiménez, el exquisito poeta, el gran ciudadano español ha muerto en Puerto Rico. Hasta la hora de su muerte, este hombre-símbolo de nuestra causa, símbolo de nuestra entereza y de nuestra dignidad, se negó a retornar a la patria querida mientras en ella gobernara el oprobio de la tiranía.

Muerto el poeta, un sobrino suyo —que no se caracteriza por su republicanismo— faltando al respeto debido a la voluntad, expresada en vida por Juan Ramón, dispuso el traslado de los restos de éste y de su idolatrada esposa, Zenobia de Camprubi, a Palos de Moguer.

Juan Ramón y su compañera duermen ya en tierra española, en su tierra andaluza. Pero el alma del poeta, su sensibilidad, su corazón, siguen desterrados, como seguimos nosotros, aunque nuestros ojos tengan ansiedad de los paisajes de nuestra España.

Juan Ramón, como Machado, como tantos otros artistas que interpretaron nuestro sentir, viven en nosotros y con nosotros. El franquismo podrá tener físicamente allá el cuerpo muerto de Juan Ramón, ya que no ha conseguido tener el de Machado, pero no es bajo los mármoles funerarios que se posee a los hombres, sino en la comunidad de las ideas, en la solidaridad, en la compenetración de las almas y así, de esta forma, hemos tenido nosotros a Juan Ramón, día a día. y asi le seguimos teniendo, en el sufrimiento como en la alegría, nutriendo su recuerdo y la imágen de su dignidad inquebrantable nuestra gran esperanza.

NECROLOGIAS

DON JOSE ZAPICO ALCALA

Repentinamente y en función de trabajo falleció nuestro querido amigo y correligionario José Zapico, entusiasta militante de nuestra Agrupación que le distinguía por su lealtad y desinterés al servicio de los ideales.

José Zapico no escatimó esfuerzos y sacrificios por nuestra causa y su colaboración siempre estimadísima no tuvo para él otras satisfacciones que las que proporciona el cumplimiento del deber. Encargado en nuestra guerra de misiones delicadas siempre las cumplió con celo y diligencia ejemplares.

Descanse en paz nuestro inolvidable amigo, y reciban nuestras sinceras condolencias sus familiares y singularmente la que fué su digna compañera hoy viuda de Zapico, señora Concepción Pascual, que por expresa voluntad pasa a ocupar en nuestra Agrupación el hueco que dejara el desaparecido correligionario.

DON CIRO PEREZ MANTIÑAN

A mediados de mayo y en la ciudad de México pasó a mejor vida Don Ciro Pérez Mantiñán, prestigioso militante de IZQUIERDA REPUBLICANA a la que siempre perteneció como activo republicano, descendiente de otro gran correligionario, que en tierras de Aragón (España) honrara con su conducta y actividades nuestra causa.

Antiguo residente en México, y prestigioso Doctor en Medicina, sirvió lealmente los ideales republicanos, a la vez que enaltecía su profesión, prodigando su ciencia con generosidad y desinterés que hacían fuese querido y admirado de cuantos le trataron.

Don Ciro Pérez Mantiñán vivirá en nosotros con el mejor recuerdo para su memoria y conducta ejemplar.

DON ANGEL RIZO BAYONA

En las primeras horas de la tarde del 16 de mayo dejó de existir Don Angel Rizo Bayona, destacada personalidad de la emigración republicana española, contralmirante de la Armada, figura eminente de la Masonería universal, fervoroso republicano, a cuyos ideales prestó colaboraciones y esfuerzos por nadie superados. El nombre de Angel Rizo va unido a cuantos movimientos se produjeron en España contra la monarquía y por la República. La cárcel y el destierro le tuvieron por huésped en muchas ocasiones. Hombre sencillo, noble y generoso, nunca dió importancia a las acciones de las que fue actor, con riesgo de su vida. La satisfacción de lo que creía cumplir con sus deberes, le era suficiente. Murió como vivió, fiel a sus ideales de toda la vida, sin el menor desmayo. Vida ejemplar, ausente de vanidades y alharacas, que hacían su nombre más querido y respetado, por cuantos le trataron de lejos, de cerca y de siempre.

Cordial amigo de IZQUIERDA REPUBLICANA, nuestra pena por su muerte será recuerdo permanente, del amigo entrañable, del correligionario querido.

A Doña Aurora Cassola, hoy viuda de Rizo, a sus hijos Angel (ausente) Luis, Antonio, queridísimos amigos, y a sus familiares todos, vayan las seguridades de nuestro dolor, con la reiteración de fraterna amistad.

CORRELIGIONARIO:

AYUDA A "IZQUIERDA REPUBLICANA"

EL OCASO DE LA ESPAÑA DE FRANCO

(Traducido de "New Stestman" por Manuel Galés)

Por Paul JOHNSON

La pequeña estación de la "Compañía de Ferrocarriles Vascongados" en S. Sebastián aparecía como un escenario de la eterna tragedia de España. La ventanilla de boletos se hallaba bien cerrada con candado. Un zaparrostroso Guardia Civil guardaba la entrada al andén. Tres ancianas viudas enlutadas estaban sentadas en un banco. Un viejo ciego trataba de vender billetes de Lotería a dos soldados empeñados en partir una pieza de pan con su bayoneta. En los muros se hallaba pegado un cartel con una advertencia del Estado Católico y social: ¡Cuidado con tus palabras! La Ley prohibe la blasfemia".

Como siempre en una Estación de ferrocarril español, me invadía la sensación de que el tren no llegaría nunca y que, si llegase, únicamente permitirían subir al tren a los parientes y amigos personales del Jefe de Estación.

Era mi primera visita a España después de 1953; al mirar a mi alrededor en la estación, me decía a mí mismo, tristemente, que nada había cambiado, que nada cambiaría jamás en España. Franco, que acaba de celebrar el XIX aniversario de la derrota de la República, viviría tanto como Adenauer y moriría confortablemente en su cama del Palacio de El Pardo.

Pero estaba yo equivocado. España está cambiando rápiadmente y el régimen está viviendo sus últimos días. Capté un indicio del nuevo ambiente así que abrí los diarios de la mañana en Bilbao. También durante mi visita anterior, Francia estaba sin Gobierno, y la prensa española publicaba unánimemente editoriales mojigatos insistiendo en las futilidades y locuras de las democracias y felicitando a España por haber escogido un sistema que había impuesto el orden y la estabilidad. Ahora, simplemente insertaba las noticias de París, con simpatía y sin comentarios. También la última vez me encontré con mucha gente que cantaba loas al régimen; me acuerdo ciertamente de que en 1951 discutía con unos estudiantes universitarios en Granada que hablaban de Franco con la misma pasión e idealismo que los jóvenes nacionalistas árabes prodigan a Nasser. Actualmente, todo el mundo conviene en que el régimen ha sido un fracaso total; y empiezan a proclamarlo así abiertamente, incluso a extranjeros como yo. El administrador de un Hotel me dijo: "Franco tiene solamente dos cosas buenas; una, que es viejo, y la otra que está enfermo" .

El encono es mayor precisamente entre aquellos que antes creyeron en él a pies juntillas. Un directivo de un sindicato "corporativo", me confesó: "Hemos tenido dos décadas de régimen autoritario y de aislamiento internacional. Y miles de falangistas como yo han sudado la gota gorda por Franco. No obstante, ¿qué hemos sacado de ello? NADA". Y escupió con soberbia oportunidad y tino incomparable en una escupidera labrada de bronce que se hallaba debajo del Caudillo.

Durante años, Franco equilibró y barajó los diversos grupos de intereses que le mantenían en el poder. Con, notable habilidad lograba satisfacer, por lo menos, a algunos durante algún tiempo. En 1945, substituyó los elementos Fascistas más extremados en el Gabinete por Católicos "respetables", y de esta manera pudo capitalizar a su favor el sentido de unidad nacional que respondía al desmañado intento de colonar internacionalmente a España en la lista negra. En 1951, fracasado el intento, reorganizó el Gobierno otra vez y se lanzó a una etapa de rápida industrialización, invirtiendo (en teoría, por lo menos) hasta el 20% de la renta nacional. Pero este fue el primero de sus magnos errores. Las dictaduras de derecha, como Salazar conoce inteligentemente, pueden vivir únicamente sobre un terreno de estancamiento y deflación. Pero Franco ambicionaba la gloria, además del poder. Vertió el dinero en minería y construcción de buques, en ferrocarriles, productos químicos y energía eléctrica. Desde 1951, a 1953, el presupuesto aumentó, en valor absoluto, en el 46 por ciento, mientras que la producción industrial se elevó meramente un 17.7 por ciento. Lo cual significó tener que imprimir más papel moneda. También, a partir del 1953 ,llegó la inundación de dólares norteamericanos: casi 700 millones para ayuda Económica y Defensa. Algunos se invirtieron productivamente; la mayor parte en artículos de lujo importados: autos, perfumería radios, refrigeradores —o simplemente fueron a acrecentar las cuentas corrientes bancarias de millares de funcionarios por cuyas manos pasaban los dólares.

En 1955, el índice del costo de la vida (tomado como base cien, en 1936) saltó a 462; en 1956 era de 706; en 1957 pasó a 792. Los aumentos de salarios concedidos en 1956 fueron rápidamente absorbidos por los precios que subieron verticalmente.

En febrero de 1957, Franco tomó medidas de urgencia y de nuevo barajó sus cartas. Durante algún tiempo le había preocupado el poder creciente del "Opus Dei", que censuraba al régimen en público y en privado. Por esto le dio tres carteras, incluyendo la de Comercio, al par que le encargó la dura faena de una política de drástica deflación. El Gobierno había ya ordenado una total congelación de precios en Octubre de 1956. Ahora precisaba la tarea de ponerla en vigor, si fuese necesario imponiendo cierres en las industrias (como en el mes pasado) contra los deseos aunados de las empresas y de los trabajadores. Las importaciones fueron comprimidas severamente, aumentado el tipo de interés y los fondos de inversión fueron suprimidos totalmente del presupuesto para 1958.

Entonces, el "boom" de Franco, como el de Butler, acabó en estancamiento industrial y en agitación obrera, conduciendo a un correspondiente deslizamiento de los más fieles soportes del régimen. A fines del mes último, los índices en la Bolsa de Bilbao, en declinación, eran de 318.81 contra 480.4 en febrero de 1957; mientras, los salarios industriales reales han bajado en un 20%.

Además, Franco cometió dos errores adicionales. Incurrió en la locura de pensar que podría maniobrar a la Iglesia uniéndola al carro de su política impopular. Después de que formó su nuevo Gobierno, la Jerarquía pronto soltó al "Opus Dei" como una patata ardiente y transfirió su apoyo al movimiento altamente criticón de la Acción Católica. Franco se encontró que era él quien se había uncido con hombres sin arrastre en la opinión.

Su segundo error fue el optimismo de creer que su política deflacionaria tendría efectos. Su régimen dista de poseer ni las técnicas ni la maquinaria para llevar a cabo cambios fundamentales en la economía. Los fusiles pueden imponer una congelación de salarios pero no pueden impedir que los precios sigan aumentando. La inflación ha continuado más rápidamente que antes. En 1957, los precios de los alimentos se elevaron en un treinta por ciento, los transportes pasaron desde treinta y cinco a un ochenta por ciento, el precio del vino dobló.

El resultado ha sido una crisis que, en algunas regiones, alcanza magnitudes de hambre. El mes pasado hubo huelgas en Barcelona, Bilbao y Asturias, donde los mineros trabajan hasta jornadas de catorce horas para poder hacer frente al costo de la vida. En Madrid y Barcelona renacen las colas para adquirir patatas. En muchos lugares los obreros han tenido que dejar de beber vino. En la Mancha, un amigo que pasó por allí recientemente, me dijo que los campesinos viven puramente de lentejas: una libra de carne representa dos días de jornal.

En realidad, el mito de Franco ha sido demolido por la más sólida de las certidumbres: la evidencia material del fracaso. Los niveles de vida, sobre la base de 100 en 1936, han bajado a 61 para los obreros del campo, a 66 para los metalúrgicos, a 82 para los de las industrias de construcción, a 85 para los obreros textiles y a 91 para los mineros. Según una memoria del Banco de Bilbao, el consumo de azúcar per cápita que era de 25.3 libras en 1932, ha bajado a 20.68 libras; podrían citarse cifras similares para la carne, pan y hortalizas. Quizá el índice más impresionante de todos, no meramente de la creciente miseria sino de la política cultural del régimen, es el correspondiente al consumo de papel por cabeza. Mientras que en la mayor parte de los países han duplicado o triplicado el consumo desde la guerra, en España ha decrecido notablemente. Era de 1.2 kilos en 1935 y es actualmente de 0.9 kilos (a comparar con los 14.4 kilos per cápita en la Gran Bretaña).

¿Y la vivienda? A España le faltan más de un milón de unidades, y los misérrimos poblados de chozas que rodean a Madrid rivalizan incluso con los nidos de miseria cuidadosamente ocultados por Salazar. ¿Y el transporte? España tiene dos vehículos por kilómetro de carretera mientras que el promedio Europeo es de siete. ¿Y las comunicaciones? Hace quince días, el Director General de Comunicaciones, en una entrevista con el diario monárquico "A.B.C." confesó que el sistema era totalmente inadecuado y que España gastaba anualmente por kilómetro de carretera menos de la mitad de lo que gasta su vecino, Portugal. ¿Y de la educación? Digamos únicamente que todavía existen más de cuatro millones de adultos analfabetos.

En política exterior, Franco no ha cosechado más éxitos. Es cierto que los norteamericanos han hecho grandes inversiones en España: más de mil millones se han dedicado a las tres enormes bases de bombarderos (incluyendo la de Torrejón, cerca de Madrid, que es la mayor fuera de los Estados Unidos) y el oleoconducto que las enlaza con la base naval de los Estados Unidos en Cádiz, (La Rota). En este punto, por consiguiente, Franco se siente protegido contra cualquier golpe de la izquierda, pues los 200 aviones de reacción "Cabre" lo hacen muy improbable. Pero debe saber que los Norteamericanos se sienten cada vez más ansiosos de que se marche, con tal que la transición sea suave. En los demás asuntos de política extranjera, el expediente es más negro. Su política árabe, fundada en el supuesto de que jugando contra los franceses podría él permanecer en Marruecos, sufrió ignominioso colapso. Franco abandonó Tetuán, acaba de entregar otra faja de territorio al Norte de Río de Oro; Ifni, Ceuta y Melilla están en turno. El Ejército, que siempre fue su mejor y más fuerte baluarte, se siente, por fin, amargado y traicionado.

La mayor parte de observadores en Madrid coinciden con que Franco ha decidido ahora el marcharse, mejor que arriesgarse a un final de baldón como un Perón o un Mussolini. Salazar le ha ofrecido ya un confortable palacio en Madeira. ¿Pero cuándo va a salir y cómo? Franco no ha preparado un sucesor, y en ningún caso ningún hombre sin condiciones extraordinarias sería capaz de mantener unido un régimen tan desvencijado como éste. Su propio deseo es el de retirarse en favor de don Carlos, el hijo del Pretendiente, educado en las tradiciones del régimen. Pero los monárquicos no quieren a don Carlos; quieren a don Juan, su padre, y creen que ahora cuentan con fuerza suficiente para no transigir con nada menos. Las recientes visitas hechas a don Juan por Castiella, el Ministro de relaciones extranjeras, y doña Carmen, la esposa de Franco, parecen sugerir que ahora Franco accede. Pero no es asunto fácil restaurar una monarquía en nuestros días y edad. Una cosa es empezar a decorar de nuevo el vasto Palacio de Oriente en Madrid; otra cosa es dar a don Juan y a sus amigos un poder efectivo y duradero. Don Juan, personalmente, sueña con una monarquía constitucional; pero las ideas de algunos de sus cortesanos datan del siglo XVIII. Exageradamente optimistas acerca del porvenir, confiados en que sus amigos en el Ejército pueden, en caso de que se presente lo peor, imponer una solución monárquica, se han esforzado muy poco en construir una política basada en el apoyo de las masas y piensan más en términos de bailes de gala en la Corte que en las urnas. Pero la Falange, o lo que queda de ella, dice que no aceptará a don Juan sin una lucha; y cuentan como aliadas a las fuerzas de la Policía de Seguridad. Mientras tanto, los que antaño apoyaban a Franco están tomando pólizas de seguro para el porvenir. Convencidos de que el cambio es inminente, empiezan a emerger dos principales grupos, partidos políticos en embrión. De un lado hay los católicos que proyectan un partido de centro Cristiano Demócrata de ancha base, que pudiese esperar una victoria electoral. Su futuro Adenauer o De Gasperi es Martín Artajo ,quien fue Ministro de Relaciones Exteriores de Franco hasta el año pasado. Su política es de democracia —limitada al empezar— y estabilidad. Temiendo una repetición del 1835, 1909 y 1936, con sus Iglesias incendiadas, confiscaciones, matanzas de curas y de frailes, ahora tratan de disociarse rápidamente del régimen. El entierro del "Opus Dei" fue un aspecto de esta operación.

Sin embargo, son ahora más importantes los frecuentes ataques de los oradores clericales contra el Gobierno. Hasta hace poco esta tarea se dejaba a unos cuantos clérigos progresivos: el Obispo Tarancón de Solsona, el Padre Llanos, jesuíta de los barrios bajos; otro hábil y valiente jesuíta, el Padre Díez Alegría y, sobre todo, el Obispo Angel Herrera de Málaga, el primer Director de Acción Católica. Ahora se les han unido los más elevados pilares de la institución eclesiástica, incluyendo el Cardenal Primado Pla y Daniel, Arzobispo de Toledo. En la semana última, en una reunión de los primates de Acción Católica Su Eminencia lanzó un poderoso ataque a la política de salarios del Gobierno y reclamó "una parte mayor para los trabajadores en la promulgación de leyes que afectan a sus vidas". Tras de estas palabras está una política planeada de preparación política. Se han dado instrucciones a los Obispos para que aparezcan en público lo menos posible al lado de Ministros y funcionarios del régimen. Las encíclicas "sociales" han sido descubiertas de nuevo. Acción Católica se ha organizado en las líneas de un partido político pronto a aparecer al descubierto cuando se levante la prohibición contra los partidos políticos. Los grupos de trabajadores católicos están siendo organizados como núcleos de un movimiento sindical obrero demócrata cristiano.

Pero también otros se preparan. Empieza a formarse otro partido, izquierdista, progresivo, semiautoritario en la doctrina, alrededor de las organizaciones sindicales

(Pasa a la Pág. 4 Col. 1)

EL OCASO DE...

(Viene de la Pág. 3)

del régimen. Sus líderes son funcionarios asalariados del régimen, pero ahora detestan a Franco por sus fracasos y por su traición a la Falange. Son acérrimos antimonárquicos y teñidos también de la menmonárquicos y teñidos también de latente anticlericalismo, puesto al descubierto por la reciente "invasión" católica en el campo sindical. Su órgano en la prensa es "Pueblo", bajo la dirección capacitada de Emilio Romero. Es el más atrevido e interesante de los diarios de Madrid. Ha triplicado su circulación en el pasado año.

Del mismo modo que los católicos miran a Adenauer, los de "Pueblo" miran a Perón, pensando en un gran partido de trabajadores organizado en relación con los sindicatos y capaz, si se presenta el caso, de ganar unas elecciones libres: ya tienen un capitoste —Girón, ex Ministro del Trabajo de Franco. Al crear los sindicatos corporativos o verticales, Franco se proponía encauzar la energía política de la clase trabajadora en canales de confianza. En vez de esto permitió que entrara un caballo de Troya en la Ciudadela del régimen. Porque un sindicato, aunque dirigido siguiendo líneas fascistas, engendra inevitablemente un espíritu de conciencia de clase, y lo que es más importante, proporciona una organización que, llegado el día, puede transformar su espíritu en acción política. Actualmente, los sindicatos ya no merecen la confianza del régimen, y en los escalones más bajos de sus jerarquías de dirigentes —que han sido infiltrados por células de sindicalistas ex-republicanos— la oposición es descarada y violenta: uno de los líderes de la reciente huelga de mineros asturianos, por ejemplo, era un fascista delegado de taller.

Enfrentado con este resurgimiento de fuerzas, comprendiendo que es inevitable y urgente tomar una decisión, Franco se halla ante un pavoroso dilema. ¿Podrá transmitir sus poderes a un monarca sin una etapa transitoria y arriesgarse a la oposición material de parte de la Falange? ¿O bien deberá legalizar antes la formación de partidos políticos y poner así en peligro todo el contenido de la Restauración?

Además, es bien sabido que existe en España un cuarto partido: el Republicano. ¿Puede alguien, razonablemente, esperar que permanezcan pasivamente en el fondo y acepten resignadamente una opción entre un Adenauer, un Perón o una Monarquía? Después de todo, está viva la memoria, de un millón de muertos, de cien mil asesinatos políticos, y está presente la persecución y la miseria. Artajo, Girón, los dirigentes monárquicos, todos ellos están profundamente complicados en los antecedentes y actuación del régimen. Nadie quiere otra guerra civil, pero el pasado no puede borrarse sencillamente. Este es el cuarto factor que convierte en insoluble cada una de las ecuaciones alternativas de Franco.

La semana última di una vuelta por el Escorial, este aislado y sombrío palacio-monasterio, "duro, inflexible, rígido y austero" ,donde el trágico Felipe II pasó sus últimos años rumiando sus tristezas y fracasos. Me preguntaba ¿era su posición muy diferente de la de este solitario y viejo General en el Pardo que juega con su rompecabezas político buscando inútilmente la pieza que completaría el cuadro? Me contestaba que sí que hay una diferencia. Porque para Felipe II, contemplando la eternidad mientras miraba a sus pies la llanura estéril y sin fin, el tiempo no significaba nada. Pero, para Franco, el tiempo lo es todo: es su última carta, su último triunfo, que se va encogiendo a ojos vistas a medida que se alargan los días de verano.

Impreso en los Talleres Gráficos de la Editorial "OLIMPO". Imprenta 205. México 2, D. F.

Otra Vez y Van...

Don Indalecio Prieto vuelve de nuevo a recordar que los republicanos no compartieron sus puntos de vista plebiscitarios allá por el año de 1947, señalando de paso —sin la acritud de otras veces, por fortuna— lo que estima contradicción por aceptar en los momentos actuales cuanto en aquel entonces no suscribieran.

Ha llovido demasiado de 1957 a nuestros días. Más entonces, como ahora, el derecho a opinar y resolver ante las inquietudes políticas que cada día y cada hora suscitan, no es patrimonio exclusivo del líder socialista, por muchos talentos que le adornen y que somos los primeros en reconocer y admirar.

Las rectificaciones cuando son nobles y desinteresadas no empañan ciertamente la probidad en la conducta, ni mellan las convicciones de quienes las tengan bien arraigadas. Aparte de que no creímos nunca ni en la oportunidad ni en la eficacia de los intentos en Cuba, tampoco compartíamos en manera alguna aquel desventurado pacto socialista-monárquico, en tanto se desdeñaban los concursos republicanos, aun cuando hubiera algunos de estos que cándidamente suscribieron encendidas felicitaciones a los artífices de tamaño error. Error reconocido después lealmente por el propio señor Prieto, lo que le honra, y, cuya rectificación no le cargaron en su Debe los republicanos, sencillamente, porque el buen gusto no les mueve a escudriñar en los recuerdos de cosas pasadas que puedan contribuir a distanciar, en momentos en que es más necesaria y apremiante la acción conjunta de todos los hombres de buena voluntad contra el enemigo común Franco, a quien tan magníficamente sabe lapidar el señor Prieto, con el asenso de cuantos le leemos. Y bueno será dejar constancia de que no fueron solos en la discrepancia en cuanto a las gestiones habaneras los republicanos, digamos históricos o de abolengo. Recordemos como entonces se alzó —entre otras— una voz de calidad y autoridad indiscutibles, señalando certeramente la inutilidad del esfuerzo, que juzgara como "una abdicación de nuestro derecho". Fue el impugnador más brillante sin duda, don Angel Ossorio y Gallardo, de quien a continuación reproducimos uno de sus artículos, que en aquellos días podrían suscribir sin sonrojo, cuantos no habían perdido la esperanza de que se les hiciera la justicia que merecían.

TOPICOS ESPAÑOLES

PARA MAÑANA

Por Angel OSSORIO Y GALLARDO

Ha pronunciado en La Habana don Indalecio Prieto un discurso tan noble, tan bien intencionado, tan fervorosamente español, como todos los suyos. Digno es de aplauso y de agradecimiento que yo lo tributo gustosísimo. Pero su extremo culminante envuelve una propuesta de solución verdaderamente grave para nuestro pueblo. Merece que todos la meditemos.

Quiere el señor Prieto que un plebiscito determine libremente en España cuáles han de ser sus instituciones y que este plebiscito lo dirijan las naciones americanas de habla española. Ya es ésta idea vieja en él. Según confiesa, cuando a fines de 1938 vino a las Repúblicas del Sud para la transmisión de poderes al Presidente chileno, señor Aguirre Cerda, ya traía el "secreto propósito de explorar las voluntades de los Gobiernos" sobre ese particular.

Puede que tenga razón el señor Prieto porque es más sereno y ecuánime que yo. Pero a mí lo del plebiscito se me resiste. Ello equivale a equiparar dos títulos: el de la lealtad y el de la traición, el de la legitimidad y el de la sublevación, el del españolismo y el de la invasión extranjera. Someter ambas cosas a un fallo como si fuesen comparables, me parece una abdicación de nuestro derecho. Cuando dos personas iguales en libertad y en dignidad tienen un antagonismo de intereses, buscan un Juez que le decida. Cuando una persona pacífica va tranquilamente por la calle y es robada y apuñalada por la espalda, no busca un juez que decida sino un juez que castigue.

La República española no tiene nada que someter a la decisión de nadie, porque su derecho y sus títulos son indiscutibles. Tiene muchas cuentas que exigir a mucha gente, pero no tiene nada que preguntar a nadie, ni siquiera al pueblo español, porque la fe y las ansias de éste quedaron clarísimamente proclamados en abril de 1931 y en febrero de 1936. Se dirá que después ha habido una guerra. Sí. Una guerra con Hitler y con Mussolini a quienes servían de asistentes los militares españoles. Y nosotros con Hitler y con Mussolini no tenemos pleito ninguno ni necesitamos plebiscito que lo decida. De modo que no tenemos que exigir más que una cosa: el restablecimiento de la República. Después que esté restablecida y ella, ella sola, convoque unas elecciones, éstas podrán servir de plebiscito y el pueblo español, si quiere, podrá derribarla como derribó a la Monarquía. Pero esto en una actuación política normal, sin someter la República misma a un plebiscito como cuestión previa, porque para nosotros su legalidad, su autenticidad, su fuerza popular, no pueden ser materia de litigio. Franco lo puede aceptar porque hasta ahora no ha habido votación ninguna a su favor y él mismo ha reconocido en Barcelona que no cuenta con el pueblo, pero nosotros le hemos invocado y las últimas veces que ha expresado su voluntad, lo ha hecho de modo clamoroso a nuestro favor. Por consiguiente, nosotros no tenemos nada que plebiscitar.

La segunda parte, o sea la de erigir en jueces del plebiscito a los americanos, es todavía más grave. Claro que si quienes actuasen fuesen los pueblos, no habría nada que temer. Pero, en casos tales, no actúan los pueblos sino sus Gobiernos. El mismo señor Prieto se propuso "explorar las voluntades de los Gobiernos". Bien. ¿Y tienen los Gobiernos americanos la imparcialidad necesaria para ser jueces entre la libertad y el fascismo? Dudoso me parece.- Una gran parte de ellos están integrados por poderes personales, autocráticos y frecuentemente militaristas. Alguno hubo que en noviembre de 1936 perpetró la tremenda PLANCHA de enviar a Franco un telegrama porque quería ser el primero que tuviera el honor de felicitarle por su conquista de Madrid... que tardó dos años en ocurrir. Otro rompió las relaciones con nosotros buscando un pretexto baladí y despreciando las explicaciones y reparaciones que noblemente le ofrecimos. Otro se apresuró a reconocer a Franco para no tener que tratar con nosotros ni formulariamente. En otros impera un fascismo desenfrenado, pues no hay Parlamento ni Tribunales de Justicia. Todos o casi todos tenían una prisa angustiosa por reconocer a Franco y trataban a patadas a la República española. La propia Colombia, gobernada por un gran Presidente liberal, el señor Santos, se rindió a reconocer a Franco en cuanto estuvo victorioso. Sólo un pueblo, México, estuvo generosamente a nuestro lado, porque se negó y se niega a reconocer a Franco.—Pero ¿aceptarían los fascistas a México como juez del plebiscito? Seguramente no y harían muy bien ,porque es parcial a nuestro favor. Por idéntico motivo contrario no podríamos nosotros aceptar a los demás jueces.

Tan claro es esto, que por el camino del plebiscito no alcanzo a ver solución ninguna. Nuestro camino es otro, difícil, pero de razón indiscutible. Consta de tres puntos:

1o.—Esforzarnos en arbitrar una representación única y respetada de la República española.

2o.—Exigir el cumplimiento del pacto del Atlántico en cuanto se niega a reconocer en ningún pueblo los regímenes impuestos por la violencia.

3o.—Recabar nuestra representación en la Conferencia de la Paz.

En resumen, ser quienes somos, hablar por nuestra propia voz, no someter nuestra personalidad a los juicios ni a la decisión de nadie. Y esto sin vacilación ni miedo, aunque no nos hagan caso. Porque, en definitiva, mirando la perspectiva de la Historia, es mejor ser un atropellado que ser un condescendiente con el crimen.

EN EL V ANIVERSARIO DE DON MARIANO RUIZ FUNES

Hace cinco años que perdimos para siempre a don Mariano Ruiz Funes, una de las mentes más claras y de las conciencias más puras de España, a la que honraba con sus estudios y con su trabajo en la cátedra, en el libro, en la tribuna.

A medida que transcurre el tiempo, más se agiganta su figura y mayor es el recuerdo que proyecta al sentir con intensidad creciente, la falta de su sabio consejo, de su orientación, de su compañía fraternal.

Fue una de las personalidades más relevantes de la República. Dió a la democracia española el brillo de su talento y de su laboriosidad, poniendo a su servicio, hasta el sacrificio, todo cuanto era y todo cuanto valía. Su vida en el destierro, llena de sinsabores, fue ejemplo de honestidad y de grandeza moral. Nunca salió de sus labios un reproche ni una lamentación. Soportó las amarguras del exilio con abnegación y entereza. Y en este México, al que tanto amó, dejó muestras imperecederas de su altísima inteligencia: trabajó en la Universidad con el mismo fervor y entusiasmo de sus años mozos, con el mismo sano optimismo de quien estuviera dotado de arrestos juveniles. Formó excelentes juristas, algunos de los cuales son hoy ya maestros de la facultad mexicana. Contribuyó al progreso de los estudios jurídicos de esta nación, imprimiendo en cada una de sus tareas ese sentido humano y cordial que constituía una de las facetas más nobles de su carácter.

Nosotros, que tenemos a singular orgullo haberle contado entre los nuestros, siendo uno de nuestros hombres más preclaros, una de las glorias más auténticas de España y de la República, evocamos hoy su memoria con profundo respeto y enviamos a su familia el testimonio de nuestro inalterable afecto y de nuestro constante dolor por tan irreemplazable ausencia.

Donativos a Izquierda Republicana

Doña Manolita Luque	$ 20.00
Don Manuel Vega Romero	25.00
Un amigo mexicano	25.00
Don Víctor Santisteban	20.00
Don J. Varini (Montevideo)	25.00

MEDITACIONES

Por Ambrosio GARBISU

PENSANDO EN LOS ARTIFICIEROS

"Si el nacer es el morir" para todas las criaturas de Dios, según Manrique, la misma pena, tan paradógica como cruel, cabe considerar aplicable a todo lo dimanante de esta suprema verdad, que es la del nacer y la del morir sin apelación. De ella no se salva el hombre, pero tampoco sus más luminosas teorías ni sus más afortunadas realizaciones. Ideas políticas, filosóficas y religiosas nacen puras y honradas en los labios de los más grandes definidores para morir abrasadas en las llamas que enciende la pasión o en el frío en que se congelan las almas de los desalmados. ¡"Sed perfectos, se nos pide, nada menos, como el Dios que está en los cielos". Pero, ¿en qué consiste la perfección? nos preguntamos. Y la razón todo nos lo presenta confuso e incoherente. El mundo que nos acoje nos decimos, fue tomando forma en la inmensidad del espacio tras de catastróficas convulsiones que aún no han terminado, y de las que nos defendemos a duras penas. El hombre vino después y como un subproducto de idénticos compuestos. Este, al contemplar (con las luces que Dios le dio) la maravilla de la Creación no se la explica. Aturdido de espanto, ve los terroríficos trastornos que, de tiempo en tiempo, en unos sitios si y en otros no, se producen sobre la Tierra que pisa, y piensa, por lo menos, que el Mundo es la obra de un insensato o de un loco. Cuando el panorama cambia y se despeja, y la Naturaleza se nos manifiesta exuberante, explendorosa y pródiga, nuestras almas se iluminan, también, se inundan de esperanza y pensamos en el Dios benigno y misericordioso. Más tranquilos, entonces, reacciona, sin embargo, nuestra razón, y vuelve a preguntarnos si todo esto no es obra del acaso fortuito e insospechado, y si en el subproducto humano no se dan, con la misma frecuencia y con idénticos o muy parecidos caracteres, los mismos fenómenos igualmente turbulentos y de tan tremendas consecuencias cual si se tratase de huracanes desencadenados, de torrenciales avenidas o de espeluznantes terremotos. ¿Hay o no, (sigue preguntándose nuestra razón) una Voluntad Suprema y consciente, segura de su designio, que empuja, unas veces a los elementos, otras al hombre, hacia el abismo desconocido, y, alternativamente, hacia el disfrute de una felicidad siempre huidiza e ilusoria? ¿No estaremos buscando, inútilmente, una Verdad que ya está descubierta, que no va más allá de lo inconcebible, de lo que se nos da como irremediable por un determinismo fatalista y por un materialismo sin más acá ni más allá.

Más a ras de tierra hemos de venir, nos dijimos, al llegar a este punto de nuestras reflexiones; y derivamos hacia los más circunscritos problemas que al Mundo tienen preocupado, y a los puramente nacionales, más concretos al parecer y más fáciles de solucionar a simple vista, pero, en unos y otros las mismas incógnitas, los mismos indescifrables enigmas se nos plantean que obstruyen los caminos de las buenas inteligencias, así en lo grande como en lo pequeño o minúsculo. No perdemos por esto ni el humor ni la esperanza, pero, decididamente, hay algo sobrenatural (a menos que lo natural sea el no entenderse) que tuerce y hace intransitables los caminos que conducirían a conclusiones razonables si supiéramos moderar apetitos y ambiciones es decir, vencer esta "fuerza oculta" que parece insoslayable y que nos empuja a la muerte con irresistible inclinación.

Lo más granado de la intelectualidad mundial se reune, una y otra vez, en magnas asambleas de histórico renombre para buscar paces y soluciones que acaben con la ruina moral y material de la Humanidad, con la pobreza, con la persecución de los inocentes, con el odio de castas y de razas, con la ignorancia y con la explotación del hombre por su semejante. Dictan de muy buena gana, su Ley que siempre queda incumplida, para recaer, no bien aceptada en los mismos defectos, en los mismos odios, en la guerra, al fin. Y así, en plano inferior, las naciones se despedazan en pugnas interiores por cuestiones mínimas de dinastías, de religión, de caudillismos, de intereses groseros, de política, de sociales reivindicaciones, en fin, como si para todas estas diferencias que es necesario reducir, el Derecho Natural, la Historia y la experiencia de lo vivido, no nos dijeran que las posibilidades no están en la mano de un hombre providencial, ni en una reunión de compadres erigidos "manu militari" en oligarquia ni siquiera en las de un partido, secta o cofradia cerriles y dogmatizantes. ¿Cuántos siglos más deben prolongarse la esclavitud y el martirio de los pueblos eslavos tras de la muerte de sus tiranos "clasicos" y de la supervivencia durante cuarenta años más de sus "modernos" astros tutelares?

Y, reduciendo,todavía más, los términos del problema, es decir, trayéndolos a nuestro particular interés, ¿qué pensar de nuestra España? Mirad las anchas avenidas de dolor que nuestro pueblo recorre durante siglos sin fin, hasta que traspone el año de 1833 en que muere el más taimado y cobarde de sus monarcas. Un tan discreto como verídico historiador de nuestra época describe así el período a que nos referimos: "En 1808, cuando la monarquía borbónica se estaba labrando su propia ruina, (su ruina ya empezó en Felipe V, el de Anjou) "la situación política y social de España podía resumirse del siguiente modo: una aristocracia, y especialmente la cortesana, que había perdido el respeto a los reyes; una política corrompida y guiada por odios personales; una falta absoluta de patriotismo en las clases dirigentes, que lo subordinaban todo a las codicias y pasiones particulares, una loca esperanza en un príncipe que ya se había acreditado de falso y vengativo, y, en fin, una honda influencia en los elementos intelectuales, de las ideas de la Enciclopedia y de la Revolución Francesa que representaban una mezcla muy característica del momento, no obstante la oposición que entre los enciclopedistas y los revolucionarios de 1789 y 1793 existió en materia propiamente política. De esta situación, desfavorable por una parte, peligrosa por otra, supo sacar el pueblo español una acción organizada de gobierno —necesidad fundamental en aquellos instantes— que permitió se revelasen públicamente y sin reservas, todas las aspiraciones políticas y sociales ahogadas o contenidas por el absolutismo del régimen anterior".

Desde entonces, el imperio de la fuerza ha estado siempre sobre el imperio de la Ley, a pesar de la influencia de los enciclopedistas y de la Revolución Francesa que señala el historiador, y es que, a pesar, también, de los satélites artificiales que los rusos proyectan hacia la Luna para apoderarse de la Tierra con toda impunidad, lo más difícil hasta ahora, y con lo que tampoco los artificieros dan, es gobernar a un pueblo de hombres libres. A estos, se les mata o se les deja ser lo que quieren. El pueblo ruso, sin transición apenas, ha podido pasar por eso, por no haber sido nunca libre, de una tiranía zarista a una tiranía "socialista".

Nuestras reflexiones no quedan, claro está, ahí, mirando y admirando como papanatas a los grandes artificieros que se disputan el espacio desconocido con tan malas intenciones, mientras gastan los tesoros que se roban a la paz y a la tranquilidad del mundo. Quedan, ¡cómo no! un poco más cortas, considerando también, las actividades de los pueblos más escasos de recursos materiales, pero igualmente presumidos y peligrosos, "polvoristas de menor cuantía" que hacen ruido de traca para asustar y comprometen, del mismo modo, el buen vivir de las naciones que arruinan con inútiles despilfarros e indignos limosneos. No hablemos ya de los incontables territorios en que el oso tentacular ha clavado sus garras. Estos se han "salvado" para siempre de la "'anarquía democrática" que intentaba devorarlos, y han quedado tranquilos y dichosos, sin problemas económicos, sociales, políticos ni religiosos que les preocupen. Pero, y España, "que también ha resuelto todos estos problemas", gracias al paternal régimen de que disfruta, ¿se puede saber por qué se lanza en brazos de un tan poderoso valedor como los EE. UU. de América; por qué comete la bajeza de ver invadido su suelo; vendida su paz por una miserable pitanza e hipotecado su futuro económico a una deuda de proporciones astronómicas, ella tan celosa de su honor y de su altiva tradición, tan susceptible y tan gallarda? Y, ¿se puede saber, qué supone contra toda esta mezcla de dolor, de inmundicia y de osadía, todo un pasado de ciento cincuenta años de un republicanismo audaz y combativo, en silencio de muerte que Franco retiró hace veinte años de la circulación, y un socialismo y unos sindicatos que en el interior hacen carantoñas al Borbón más tonto con que la dinastía cuenta todavía para hacer la felicidad de España?

Con papel y tiempo ya seguiremos hablando de esto más adelante.

CARTAS ENTRE FRANQUISTAS

Casadas por ANTONIOROBLES

Mi querido correligionario: ¡Viva Franco, sí y sí! Pero no creas que somos franquistas todos los españoles, ¿eh? Que yo sepa, ya hay quince en nuestro pueblo, que dicen "francamente" que NO lo son. En realidad, cuántos más "francos", menos Franco. ¿No es esto paradójico, di?

Luego he estado sumando los franquistas y, contándonos tú y yo, no subimos más que a 13; y si vieras que no me gusta ese número... Además, ¡qué discusiones más violentas he tenido! Yo defenderé al generalísimo hasta el día que lo echen. (Bueno, te ruego que no enseñes esta carta a nadie, porque eso de que "lo van a echar", se me ha escapado).

Pues sí: como te digo, ¡qué discusiones, defediéndole hasta con los dientes! Naturalmente estas discusiones no las tengo con los antifranquistas, que ni les hablo, pues gracias a Dios son todos unos "comunistones" para que no nos falten los dólares. Las discusiones las tengo dentro de los 13 franquistas. ¿Pues no me decía uno de ellos ayer, que Franco era un asesino?... Y otro me dijo que Franco había fracasado... Y otro de los franquistas me dijo que lo de la próstata era verdad (y perdona la palabra). ¡Como si don Francisco pudiera tener nada malo ahí! ¡Y él que sí, y yo que no. ¡Hasta que le dije que eso de la próstata es una cosa que se les ha subido a la cabeza a los republicanos.

En fin, yo sé que más de cuatro, de aquellos franquistas puros, en los actos oficiales en vez de decir: "¡Franco, Franco, Franco!", dicen solamente: "¡Franco, Franco, Fran!". Empiezan ya comiéndose el "co". ¡Dios nos ayude y les quite el apetito!

Y a propósito de Dios; fíjate: el día del aniversario de nuestro triunfo franquista, pagamos (que sí que la pagamos) una misa; y cuando desciende el Todopoderoso al sonar la campanilla, ¡zas!, vimos que el cura le guiñaba un ojo. ¿Qué te parece?...

¡Viva Franco!, y ¡adiós!

Nuestro gran amigo y correligionario Antonio Robles va a honrarnos, a partir de este número, con su colaboración estimable. Antonio Robles, que siempre ha sido uno de los republicanos más queridos y respetados, nos dará, con su colaboración, nuevas muestras de su agudeza y de su fervor.

Precisamente en estos días, el veterano escritor recibió el premio literario de la Asociación Anglo-Americana pro Naciones Unidas, galardón justísimo que, honrando a Antonio Robles, nos enorgullece a nosotros.

Los Estados Unidos y las Dictaduras

Nueva York, (O.P.E.).—La revista "Life",en su edición en lengua castellana, publica varias cartas sobre la política norteamericana y las dictaduras. Una de Guadalajara (España) y dice lo siguiente:

"Con gran satisfacción hemos leído su editorial en el que se afirma que es política de los Estados Unidos combatir a la más nefasta de las dictaduras, el comunismo. Pero eso es ver sólo una parte del problema de la libertad humana, que no será posible en tanto existan fuerzas "dogmáticas", sean del color que sean. En España sabemos por triste experiencia lo que significa un poder comunista y sabemos también lo que significa un poder católico... Compárense las épocas de Felipe II y de Stalin...".

En otra carta de Santiago de Chile se lee esto: "Muy buena la actitud del gobierno y del pueblo norteamericanos al desear que las fuerzas de la libertad se levanten contra la opresión, "tanto en Hungría como en Venezuela"... Pero ¿por qué Hungría y no España?".

De Porto Alegre (Brasil) escribe otro lector diciendo: "¿Por qué no se "liberan de la necesidad" de mantener relaciones con España, "una de las dictaduras más detestadas" de Europa?".

CENA A ANTONIO ROBLES

La ASOCIACION ANGLO-AMERICANA, PRO NACIONES UNIDAS, ha premiado la obra literaria de nuestro querido amigo y correligionario Antonio Robles, con el máximo galardón.

Para celebrar tal acontecimiento, el Centro Republicano Español de cuya Directiva forma parte Antonio Robles, ha organizado una cena en su honor que tendrá efecto la noche del sábado cinco de julio, en los salones del mismo Centro.

Nos consta el gran interés que existe en la emigración republicana y especialmente entre nuestros afiliados, para asistir a tan justo homenaje al ilustre correligionario y entrañable amigo.

¿QUO VADIS?

Por Santiago ALONSO

Me encantan los artículos y la oratoria de D. Indalecio Prieto, sus premisas son claras, actuales y oportunas, su exposición bien hilada y lógica y sus conclusiones concretas y contundentes. Diríase que se somete en el desarrollo de los temas políticos y humanos que trata a la disciplina y coordinación de una demostración matemática. Recuerdo, a este respecto, que hace ya muchos años, nuestra eminencia en las ciencias abstractas, el sabio catedrático Rey Pastor, le dijo que podía haber sido un buen matemático. Se equivoca, le contestó Prieto, ya de niño se me atragantaba la Aritmética. Eso fue porque no se la enseñaron bien, replicó Rey Pastor, es la falla del profesor y no del alumno; con buena base, insistió, hubiera dominado las matemáticas.

Pero el artículo que publica en el No. 257 de la Revista "Siempre", titulado "Ante el futuro español —Examen de la realidad", me ha decepcionado, me parece confuso y no se qué pretende ni a dónde va. Por un lado parece excitar a la U. G. T. y a la C. N. T. a unirse para adueñarse de los sindicatos falangistas y tumbar por si solas el régimen de jerarquías que en ellos ha establecido Franco. Por otro, se entiende que la acción de dichas organizaciones obreras quiere dirigirla contra quienes derroquen al generalito, estableciendo en España un período de verdadera libertad que permitirá la celebración de Congresos a todos los partidos políticos, que respetará la voluntad electoral (por lo menos en los sindicatos), que devolverá a las organizaciones actualmente proscritas todas sus antiguas propiedades, casas del pueblo, periódicos, imprentas, etc., y que incluso dejará a las U.G.T. y C.N.T. unidas adueñarse de cuantos edificios han construido o expropiado los sindicatos "verticales" para lo cual les facilitarían el dominio de ellos poniendo en sus manos la organización actual a pesar de la publicación de su maquiavélico plan (¡qué inocencia!). El nuevo panorama político no puede ser más halagador, no se si vislumbra un directorio provisional, una monarquía o quizá una república, pero es indudable que cualquiera que fuera habría de ser democrático y liberal para obrar así. Y sin embargo, no quiere dejar a este nuevo régimen tiempo ni espacio para respirar, asfixiándolo desde el primer momento con el sabotaje de los sindicatos bajo el lema "se obedece pero no se cumple". ¡Qué esperanza!

Y en aras del entendimiento sindical, arremete contra el entendimiento político y lo sacrifica, dejando maltrechos no sólo a los partidos republicanos, sino también a todos y cada uno de los republicanos, para lo cual trastrueca el hecho de que en la gran masa republicana había destacadas personalidades, tribunos grandilocuentes, profesores eminentes, etc., por el de que los republicanos necesitamos caudillos; somos azañistas o lerrouxistas o no somos nada. En cambio, los socialistas no, éstos funcionan automáticamente, sobran los líderes, no son prietistas, ni largocaballeristas, ni negrinistas. Todo es magnífico en el Partido Socialista, lo único que acepta es que actualmente es acéfalo y esto creo lo hace por un poco de pudor o modestia, pues bien sabe él que su partido tiene todavía una cabeza muy inteligente y activa.

No se que habrá de cierto en su afirmación de que los partidos republicanos no tienen en España ni sombra de organización, porque no he sido nunca de las Directivas centrales de mi Partido, que son las que están enteradas de las relaciones con el interior ,pero cuando fui de la de Izquierda Republicana en México, hace ya años me enteré de que se mantenía correspondencia con destacados afiliados que habían quedado en nuestra Patria y de la detención e incluso tortura de algunos; en representación de ellos alguien salió de España y formó parte del Comité Central en Francia para intensificar dichas relaciones. Supongo que en la actualidad estos contactos se habrán incrementado, aunque no se les dé publicidad por elemental prudencia. En Bilbao, también fue detenido un amigo mío acusado por cierta correspondencia con el exterior y, en ocasión de cierto conflicto relacionado con nuestro Consejero en el Gobierno de Euzkadi, recibimos la opinión de nuestros afiliados de Bilbao por mediación de Ambrosio Garbisu y nosotros les enviamos la nuestra. Hasta hace unos años D. Ernesto Escoreca y D. Manuel Carabias, ya fallecidos desgraciadamente, subían cada 2 de Mayo al cementerio de Mallona para visitar el lugar donde estuvo el Monumento a los Mártires de la Libertad, que fue destruido por los franquistas. En fin, sospecho que la afirmación de Prieto es algo gratuita, pues no le creo enterado de todo lo que hagan los partidos republicanos en el interior.

Respecto a que Izquierda Republicana no tiene densidad para celebrar congresos periódicos en Francia entiendo que esto es más bien una cuestión económica que de masas; en México no creo que nuestra agrupación sea mucho menos numerosa que la socialista y lo mismo puede ocurrir en otras partes.

Para fustigar aun más a los republicanos y destruir el entendimiento político que, en parte, se había logrado al aceptar la fórmula plebiscitaria para el futuro político de España, achaca de incuria a sus actuales dirigentes por haber tardado diez años en aprobarla, pues él la propuso en 1947. Ciertamente que Prieto abogó por un plebiscito en España y consiguió el apoyo del Presidente de Cuba para llevar el asunto a la ONU, pero en aquél entonces también había muchos socialistas contrarios, aunque se llamaran negrinistas o de otra forma, al igual que entre los republicanos había muchos, entre los cuales me cuento, que éramos favorables a dicha solución. Lo que ocurrió es que ellos eliminaron de sus organizaciones a los contrarios y en las nuestras éstos nos vencieron: fallas de la verdadera democracia. Lo que me extraña es su insistencia sobre este punto, pues ya lo ha dicho otras veces, porque con recalcarlo sólo logrará aumentar los distanciamientos.

¿Es esto lo que desea? Hurgando por debajo de lo escrito, llego a sospechar que ese es el fin perseguido; ya no le importa el entendimiento político. Eliminando a los comunistas por dictadores, olvidando a los anarquistas que antes controlaban a la Confederación Nacional del Trabajo y anulando a los partidos republicanos, sólo queda con influencia entre los obreros el Partido Socialista, que ya dominaba a la Unión General de Trabajadores, y le será fácil a aquél, a base de la unión propuesta, controlar ambas organizaciones y con su apoyo ganar la hegemonía para gobernar en España, desembarazándose de alianzas con otros partidos de izquierda. También olvida a los partidos autonomistas y, en su propio pueblo, en el Bocho, al Partido Nacionalista con su Solidaridad de Obreros Vascos. ¿Qué haremos, los hecharemos al cesto de los papeles? Es tan fácil arreglar las cosas a gusto cuando se escribe...

Mirando al espejo de Francia, es evidente que no convienen a las democracias muchos partidos y que lo ideal sería imitar a México con un solo y potente partido de izquierdas (el PRI) y su sindicato (la CT M). Esta es una de las bases en que descansa la estabilidad política y, en consecuencia, el progreso de este maravilloso país al que tanto debemos. Pero esto, si fuera su propósito, no lo conseguirá dando codazos ni aupándose sobre los hombros de los amigos, ni menos censurando a los únicos que quiere atraer, como hace con la CNT. Será más bien obra de cordialidad y comprensión, es decir, del entendimiento político que traerá consigo el entendimiento sindical, con los cuales podremos augurar un porvenir brillante a la España futura.

CRONICA INTERNACIONAL

El Insomnio del Mundo

Por Faustino BALLVE

A la velocidad con que se desarrollan los hechos, es bueno consignar que escribimos estas líneas el día 31 de Mayo de 1958. El título lo tomamos del libro póstumo de Gullermo Ferrero "El Poder", último de su trilogía (Aventuras-Reconstrucciones-El Poder) que, a riesgo de hacernos pesados, recomendamos nuevamente a todos los que, en cualquier concepto, sientan su responsabilidad en el problema político nacional e internacional.

Hace 143 años, los pueblos que entonces contaban en el mundo encontraron en Viena el fin del insomnio —mejor sería decir "pesadilla"— que les venía torturando crecientemente desde 1789 hasta la batalla de Waterloo en aquel mismo año de 1815. El Congreso de Viena, aparentemente tan frívolo ("El Congreso se divierte") realizó, bajo el influjo de Talleyrand, representante del país vencido, una obra formidable y sin precedentes en la Historia. El complejo de tratados que podrían llamarse "el estatuto de Viena "dio al mundo una paz octaviana que sin carecer de crisis que hoy calificaríamos de menores y que se estrellaron ante su robusta coraza, duró aproximadamente cien años. Aquella paz, tan erróneamente calificada de reaccionaria cuando en realidad consolidó lo que era aprovechable de la revolución francesa, se asentaba nada menos que sobre el estado de Derecho, lo que, en nuestra jerga contemporánea anglosajona, se ha venido a llamar "the rule of law". Sus principios fundamentales eran la legitimidad de los gobiernos, la ley hecha o, al menos, ampliamente consentida por el pueblo, el predominio del Derecho sobre la fuerza y el respeto de los contratos.

Dice un adagio alemán que nada es tan insoportable como un prolongado bienestar (**Nichts ist schlechter zu ertragen als eine Reihe von guten tagen**). En aquel siglo "reaccionario" prevalecieron las garantías individuales (inviolabilidad de la persona humana, del domicilio y la correspondencia, libertad de pensamiento y de trabajo, juicio por jurados) y una dosis apreciable y creciente de instituciones democráticas (autonomía municipal, legislación por o con los parlamentos, gobiernos dependientes de la confianza parlamentaria etc.). El nivel de vida se elevó a tal extremo que, por ejemplo, entre 1848 y 1898, los precios en Francia fueron absolutamente estables al paso que los salarios diarios doblaron a pesar de la disminución de la jornada de trabajo. Mas las gentes, olvidadas de los horrores y las hambres de la guerra, encontraron aquella paz y aquel bienestar aburridos e insoportables. Renacieron con mayor vigor que nunca las luchas de clases que absorvieron la atención de los ciudadanos y los desinteresaron de los grandes problemas nacionales e internacionales que abandonaron al capricho de sus gobiernos los cuales, a cambio de la sumisión, les ofrecieron "el oro y el moro". Esto significaba dinero que, no creciendo en el país por el malestar social y el descuido de los gobernantes, habían que buscar en otra parte. Surgieron entonces la codicia internacional y, como consecuencia de ella la diplomacia secreta y la guerra, primero en pequeña escala, luego la "guerra grande" de 1914, el régimen de "plenos poderes", la pérdida o peor que ella, el abandono de los derechos individuales y ciudadanos y la vuelta al "despotismo ilustrado", aun cuando esta vez envuelto en las banderas mentirosas de la libertad y la democracia. La diplomacia más secreta que nunca, pero disfrazada de diplomacia pública, casi demasiado pública, por demagógica y mentirosa.

Se acabó el estado de derecho, las relaciones entre hombres y pueblos han vuelto a ser regidas por la arbitrariedad, el engaño y la violencia y henos otra vez en el "insomnio del mundo" bajo la espada de Damocles de una guerra atómica.

La pesadilla de turno tiene su origen en la cuestión de Suez. Cuando un demagogo osado planteó esta cuestión por la violencia, con desprecio del derecho y quebrantamiento de los contratos (los "pedazos de papel" de Bethmann Hollweg) dijimos desde estas mismas columnas que, si no se atajaba aquel desgarrón, podía hacerse añicos todo el orden internacional. Así lo comprendieron los dirigentes de Inglaterra y Francia, haciendo frente al desafío en forma que elogiará la Historia, al tiempo que condenará el padrón que, con torpeza tan supina como arrogante, dio a los froncobritánicos quien podía, pero no sabía. Las consecuencias de tan enorme torpeza son ya temiblemente visibles. Egipto se va convirtiendo en el centro de una enorme tenaza comunista cuyas garras amenazan con extenderse de un lado, a través del Asia menor, hasta el corazón de la Rusia comunista y por otro hasta Gibraltar, dejando a la Europa occidental y Turquía dentro del enorme cascanueces y sin comunicación directa con los mares orientales. Tal perspectiva, con el mapa a la vista, causa horror. El método de esta penetración es la promoción de movimientos pseudo-independentistas en los inquietos países de esa ruta que, al mismo tiempo que los debilita y los aparta de Occidente, resquebraja en éste la fe en la libertad y la solidaridad nacional. Esto es lo que está sucediendo en los países árabes (el caso del Líbano es singularmente peligroso), en Argelia y, como consecuencia de lo último, en la gravísima crisis institucional francesa cuya solución nos tiene suspendido el aliento. Esta torpeza o, mejor dicho, esta debilidad ante la embestida rusa, corre parejas con una política de abandono e irritación de los posibles aliados de la causa democrática, sosteniendo en unos dictaduras complacientes hacia fuera, pero destacadas por quienes las sufren, regatendo a otros el estímulo y ayuda que les haga fuertes y eficientes cuando la libertad les necesite y despreciando las súplicas de los necesitados y los consejos de quienes, por saber y experiencia, los puedan dar.

Ojalá se aproveche la lección del viaje de Nixon y dé resultados la reacción de que se hace eco un eminente periodista norteamericano en artículo publicado hoy en uno de los grandes diarios de la capital mexicana. Reproducimos para terminar su último párrafo".

"Este gobierno solo quiere la información que sirva para apoyar su política, y la consigue. Los funcionarios quieren conservar sus empleos. Y el número de gente capaz de hablarle claro al gobierno es muy pequeño. Entonces la regla es repetir: "Cada día en todos los aspectos, las cosas van de mejor en mejor". O, por lo menos, ignorar que van de mal en peor, como es la realidad".